

En suma, llama la atención que un libro inspirado por un modelo dialógico muestre tan escaso interés por sus posibles lectores; parece que Zavala no piensa en ellos, en hacer de su prosa un instrumento adecuado de comunicación de ideas. Esto no es un libro verdaderamente, sino más bien unos apuntes para un libro futuro o, a lo sumo, un primer borrador, donde habría mucho que aclarar y corregir. En su forma actual, *Unamuno y el pensamiento ideológico* acaba sin remedio con la paciencia del lector más santo.

State University of New York at Buffalo

CARLOS FEAL

Pedro Montengón, *Obras*, volumen I. *El Rodrigo* (475 pp.); volumen II. *Eudoxia, hija de Belisario*. Selección de *Odas*. Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1990 (358 pp.). Edición, estudio preliminar y notas de Guillermo Carnero; *Montengón*. Alicante, Caja de Ahorros Provincial de Alicante, 1991 (237 pp.). Edición y estudio preliminar de Guillermo Carnero.

Pedro Montengón y Paret (Alicante, 1745-Nápoles, 1824), ingresó joven en la Compañía de Jesús y, aunque todavía era novicio, fue incluido en la Pragmática de 1767, según la cual Carlos III expulsaba de su reino a los jesuitas. Montengón vivió en Ferrara adonde fueron a parar los del reino de Aragón, contrajo luego matrimonio y pasó la vida entre Venecia, Madrid, Roma y Nápoles.

Valga esta breve nota biográfica para recordar a un escritor relegado injustamente al olvido, autor de una obra considerable y a quien debemos, «los mejores frutos de la narrativa española del XVIII» (I, 1990, 9) y de cuyos libros no ha habido ediciones asequibles hasta ahora, con excepción de una del *Eusebio* (Madrid: Editora Nacional, 1984).

El profesor Guillermo Carnero nos ofrece aquí una edición crítica de *El Rodrigo* (I, 1990), de *Eudoxia* y de una selección de las *Odas* (II, 1990). Estas ediciones van precedidas de un extenso estudio que constituye la monografía más completa y de más rigor escolástico escrita hasta la fecha sobre este autor, en la que enmienda datos erróneos y llega a nuevas conclusiones. Examina aquí su «Vida» y, tanto en sus aspectos críticos como bibliográ-

ficos, las «Obras menores, perdidas o supuestas», la «Obra poética» y la «Obra narrativa» y concluye con una «Bibliografía». Señalaré además que esta monografía identifica fuentes, no mencionadas antes, como la de la *Histoire philosophique* de Raynal sobre la poesía de Montengón con tema americano (I, 1990, 86-94, nota 14), establece las sucesivas ediciones de las obras de Montengón y localiza las existentes en las bibliotecas norteamericanas.

Especial interés tiene el análisis de las *Odas de Filópatro*, de las que salieron tres ediciones, la primera de Ferrara (1778-1779), otra de Valencia (1782) y la tercera de Madrid (1794). Carnero ha tomado como base la de 1794, cuyas odas corrigió y en ocasiones reescribió su autor, y ha establecido un detallado cuadro de correspondencias entre las tres ediciones que le sirve de base para estudiar cada poesía y sus variantes. Divide la obra poética de Montengón en seis categorías: 1) «Poesías ilustradas» que tienen un propósito regenerador y ensalzan a quienes contribuyen al progreso de la humanidad y de España; 2) «De tema histórico nacional»; 3) «De circunstancias»; 4) «Amorosas», la mayoría de índole anacreóntica; 5) «De tema literario» en las que elogia la sabiduría y el talento de algunos de sus antiguos compañeros como Llampillas y Serrano; y 6) «De tema americano».

Sin duda, su contribución más destacada a nuestra literatura fue en el campo de la novela. Sus viajes y sus experiencias permiten al protagonista del *Eusebio* (1786-1788) conocer diversas tierras y costumbres y llegar a la conclusión de que se puede ser hombre de bien al margen de la religión. *Eusebio* apareció en vísperas de la Revolución Francesa, fue acogido con recelo y denunciado a la Inquisición en 1790. El profesor Carnero estudia aquí el complicado papeleo que abarca desde entonces hasta finales de 1807 cuando se autorizó la publicación de una versión corregida (I, 1990, 128-137 y nota 22).

Tanto *El Antenor* (1788) como *El Rodrigo. Romance épico* (1793) podrían considerarse novelas didácticas aunque «*El Rodrigo* es la más significativa de las novelas de Montengón precisamente por liberarse de las imposiciones del didactismo» (I, 1990, 150). En *Eudoxia, hija de Belisario* (1793) reaparece la pareja preceptor-discípulo, y Eudoxia, que es el equivalente femenino de Eusebio, va formando su carácter al compartir las desventuras de su padre. Finalmente, *El Mirtillo o los pastores trashumantes* (1795), es una obra que, según Gumersindo Laverde, contenía elementos auto-

biográficos, que Menéndez Pelayo consideró la última novela pastoril española y que para Fabbri era el género utópico y rousseauiano.

Montengón fue un intelectual burgués de ideología ilustrada partidario de las reformas, de la hermandad y de la tolerancia que combatió el belicismo, la ociosidad de la nobleza y la preponderancia de una clase sacerdotal que usaba de la religión para sus propios fines. Consideró el despotismo ilustrado como la forma de gobierno más adecuada para los pueblos y favoreció la idea de una reforma agraria que acabase con el ruinoso sistema de los latifundios. Creía que el hombre podía ser moralmente bueno aunque no perteneciera a una religión determinada, y en *Eusebio* y *Eudoxia* hizo hincapié en la formación intelectual y moral de los protagonistas. En sus obras, puede observarse una evolución ideológica que va desde la creencia juvenil en la posibilidad de mejorar el mundo hasta el desencanto de la madurez, visible en la última versión de las *Odas* (1794) y *El Mirtilo* (1795).

Aunque Carnero no considera a Montegón como un romántico temprano, nos advierte que «algunas parcelas de su obra muestran concomitancias con la nueva estética» (I, 1990, 47) y señala algunos elementos de la novela *El Rodrigo* (1793) y del poema épico sobre el mismo asunto, *La pérdida de España reparada por el rey Rodrigo* (1793).

El volumen de crítica dedicado a *Montengón* (1991) va encabezado por una versión abreviada del prólogo correspondiente a las *Obras* y a ellas se remite en lo referente a notas y aparato crítico. Incluye once artículos: el de Gumersindo Laverde, ya clásico, tres de Maurizio Fabbri, dos de Elena Catena y uno, respectivamente, de Angel González Palencia, Piero Menarini, Emilio Alarcos Llorach, Annick Emieux y María del Pilar Palomo.

Con estos libros el Profesor Guillermo Carnero incorpora definitivamente a nuestras letras y da su dimensión apropiada a un autor que hasta ahora había sido poco más que un nombre en las historias de la literatura. El estudio y las ediciones presentes destacan por su claridad y método riguroso, por su riqueza documental y bibliográfica y por la erudición de sus notas.

Para concluir, quiero destacar que tanto los volúmenes a cargo del *Instituto Juan Gil Albert* como el de la *Caja de Ahorros Pro-*

*vincial de Alicante* están editados e impresos con cuidado y buen gusto no comunes.

The Ohio State University

SALVADOR GARCÍA CASTAÑEDA

Dolores Medio. *En el viejo desván (Memorias)*. Caja de Ahorros Oviedo, de Asturias, 1991, 221 pp.

Este libro de memorias de Dolores Medio fue presentado por la propia autora al público de Oviedo el 16 de diciembre de 1991, con motivo de sus ochenta años.

A decir verdad, *En el viejo desván* no es el primer tomo de esas memorias, sino el segundo. En 1980, cuando se continuaba entregando a la imprenta (con mayor o menor buen gusto y amor a la verdad histórica) cantidad de trabajos sobre la guerra civil, para volcar en ellos «todo lo que no se había podido decir durante la dictadura», a D. M. también se le pidió escribir algo sobre el asunto. La novelista, aprovechando una narración que no había podido publicar por razones de censura, presentó *Atrapados en la ratonera* (cuarto volumen de una serie de nueve títulos), donde recogía su experiencia vital de joven maestra asturiana durante el sitio de Oviedo y la evolución de la contienda en el frente norte.

Ahora, con su nuevo texto, D. M. intenta realizar su deseo más apremiante y continuar elaborando las memorias de su vida. Lo hace —advierte ella misma en la introducción, repitiendo literalmente la que había prologado el libro precedente—, para seguir el consejo de don Pío Baroja, el cual afirmaba que un libro de recuerdos, escrito por un autor «oscuro», podía tener interés si la historia estaba contada «con ilusión y sencillez». La novelista asturiana, al justificar su decisión, declara con sinceridad: «No deseo tirar piedras a mi tejado... y así, confieso, que no me tengo por desconocida, ya que he conquistado, vaya usted a saber por qué, pero eso sí, limpiamente, el premio literario, entonces, más importante de España [el Nadal, 1953], pero como tampoco me considero un genio de las letras, como les ocurre a tantos novelistas cuando se observan a sí mismos amorosamente, he pensado que el consejo de don Pío, puede venirme como anillo al dedo y que la narración sencilla de la vida de una novelista española, lu-